

ADELANTADO DE LA FLORIDA

José M.^a MADUEÑO GALÁN
Capitán de Navío (R)

Por real cédula de 20 de marzo de 1565, Felipe II nombra a Menéndez adelantado, gobernador y capitán general de la Florida a título hereditario. Entre las instrucciones que el monarca le dio destacan: expulsar a los protestantes franceses de península, conquistar y colonizar aquellas regiones, explorar la costa hacia el norte en busca de un estrecho que comunicase los océanos Atlántico y Pacífico, y llevar misioneros para evangelizar a los nativos, con la recomendación de tratarlos humanamente como a meros súbditos de la Corona.

Enseguida se puso a organizar una gran flota en los puertos de Cádiz, Gijón, Avilés y Santander. Estando en estos menesteres, recibió una carta del embajador español en Francia indicándole que el capitán Jean Ribault había salido del puerto de La Rochela hacia la Florida con tres barcos de gran porte y 600 piratas. Con intención de adelantarse a ellos y prepararles en la península el recibimiento que merecían, el Adelantado, sin esperar a la flota del Cantábrico, salió el 28 de julio de 1565 de Cádiz en demanda de las Canarias. Su flota la componían 11 navíos (un galeón de 996 toneladas, fletado por el rey, y 10 naos), en los que iban 995 soldados de mar y tierra, 117 oficiales cerrajeros, molineros, plateros, curtidores, tundidores, labradores y otros con sus familias, y cuatro clérigos seculares con licencia para confesar, con toda la artillería necesaria para batir fuertes y defenderse. En las Afortunadas se incorpora la flota del Cantábrico, mandada por Esteban de Alas, su teniente, que había embarcado 257 soldados de mar y guerra en tres navíos cargados de armas y jarcias, con 78 personas. Entre las gentes que se embarcaron en Asturias estaban 11 frailes de la Orden de San Francisco, presbíteros, un lego, un fraile de la Merced, un clérigo y ocho miembros de la Compañía de Jesús. De Santander y de ciertas partes de Vizcaya salieron a la misma empresa muchos bajeles, cargados de bastimentos y municiones. Como se puede apreciar, llevaba el Adelantado mucha gente, pues la voz de acabar con los herejes, pobladores de tierra del rey, arrastraba a la gente a embarcarse. La escuadra en su conjunto constaba de 26 barcos y 2.646 personas, sufragando la mayoría de los gastos el propio Adelantado, quien invirtió cerca de un millón de ducados. El rey aportaba 299 soldados y un navío; además, dio orden de que en las Indias le diesen 200 caballos, 400 infantes y tres naos de armada, así como artillería, municiones y bastimentos.

En diciembre de 1563 había terminado el Concilio de Trento, y a primeros de marzo de 1565 se inicia una confabulación en Flandes para luchar contra la

Inquisición. El 5 de noviembre de ese mismo año, Miguel López de Legazpi inicia la conquista de Filipinas, que se terminaría en 1572. Felipe II ordena a Margarita de Parma, gobernadora de los Países Bajos, proclamar el establecimiento de la Inquisición y los decretos de Trento.

En mitad del Atlántico, la flota fue sorprendida por un temporal que la dispersó, obligando incluso a alguna de las naves a regresar al punto de partida. La capitana, *San Pelayo*, y un patax consiguieron alcanzar Puerto Rico, aunque en muy precarias condiciones. Días después llegaron a la isla otros cinco buques en parecido estado. En Puerto Rico, Menéndez embarcó más hombres y diverso material, dirigiéndose sin más escalas a la Florida. El 28 de agosto de 1565 alcanzaron sus costas. Por no saber dónde estaban fortificados los hugonotes, estuvieron cuatro días navegando cerca de costa de día y fondeando de noche. Hasta que una mañana avistaron indios en la costa. Menéndez mandó a su maestre de campo a tierra con veinte arcabuceros para parlamentar con ellos, y por señas les dijeron que los franceses estaban como a veinte leguas de allí al norte. Fueron costeando hacia el norte y descubrieron a ocho leguas un puerto natural, con adecuada ribera, que bautizaron con el nombre de San Agustín en honor del santo del día en que avistaron tierra de Florida, patrón de Avilés. Siguiendo la dirección indicada, los españoles avistaron, el 4 de noviembre, cuatro galeones grandes franceses fondeados a la entrada del río San Juan. A unos cientos de metros de allí, río arriba, habían construido un establecimiento, denominado Fort Caroline, donde estaban fondeados otros siete barcos de menor porte. El Adelantado convocó consejo de guerra para comunicar su intención de atacarlos de inmediato, pero sus oficiales trataron de disuadirle argumentando que era una temeridad hacerlo en aquel momento, pues la flota francesa era muy superior a la española, seriamente dañada a causa de la acción sufrida en la travesía del Atlántico, y que era mejor esperar a que llegasen los demás navíos. Pero el avilesino logró imponer su voluntad. La sorpresa y la audacia serían sus mejores armas. A medianoche, los barcos españoles entraron en el río, colocándose ente la costa y los navíos franceses para impedirles el desembarco; y, en una acción muy propia de Menéndez, este colocó la proa del galeón *San Pelayo* a pocos metros de la de la capitana francesa. Terminada la maniobra, ordenó iluminar los barcos y tocar las trompetas y los clarinetes, preguntando a los otros de dónde eran, qué hacían allí y a qué religión pertenecían. Los hugonotes respondieron que eran de Francia, que traían hombres y provisiones a la Florida y que su capitán era Jean Ribault. Luego de identificarse, les invitó a que se rindiesen, recibiendo como respuesta risas burlonas e insultos. Pero los franceses, cuando vieron que los españoles iniciaban el abordaje, rompieron los cables de fondeo y huyeron a mar abierto. Toda la noche les persiguió el asturiano sin lograr darles alcance, por lo que regresó al puerto de San Agustín, donde como primera medida ordenó edificar un fuerte en torno a una gran choza que les dio el cacique del lugar. Después, el día 6 hizo desembarcar doscientos hombres, y al día siguiente mandó entrar a los tres barcos de menor calado, de los cuales bajaron trescientos hombres, provisiones, municiones y

aperos de labranza. El día 8, el Adelantado bajó a tierra con gran pompa y disparos de cañón. Se celebró una misa y, acto seguido, el avilesino tomó posesión de la tierra en nombre del rey de España. Todo ello bajo la curiosa mirada de numerosos indígenas que habían acudido a observar a los extranjeros, dándoles los españoles de comer a todos. Temiendo que los piratas se apoderasen de dos de los barcos que, por su mayor calado, y a causa de los bajos del litoral, no podían entrar en el puerto, el Adelantado ordenó desembarcar al resto de los hombres y el diverso material que transportaban, para despacharlos acto seguido, uno, a España, y el otro, a Santo domingo, para que esperase al resto de la armada, que todavía no había llegado. A las pocas horas de haber salido los dos barcos, llegaron a la vista de San Agustín cuatro galeones y dos pinazas franceses con seiscientos hombres a bordo y fuerte artillería. Durante horas, los piratas merodearon en torno al puerto, sin atreverse a atacar. En esto se desencadenó un temporal, tan frecuente en la zona, obligando a los franceses, mandados por el propio Jean Ribault, a alejarse de San Agustín en busca de un refugio seguro. Sospechando que la flotilla francesa no podría regresar a Fuerte Carolina por culpa del temporal, Menéndez tuvo la osada idea de asaltar directamente la base pirata. El día 16, tras dejar a su hermano Bartolomé como gobernador interino de San Agustín, se puso en marcha al frente de quinientos soldados.

Como guías llevaba a dos caciques indígenas y a un francés prisionero que meses antes había estado en la base. Para aligerar la marcha, cada hombre portaba sus armas y una mochila con víveres para ocho días. En vanguardia caminaba el Adelantado, al frente de veinte asturianos y vizcaínos abriendo con sus hachas y espadas camino por la intrincada selva. Las lluvias torrenciales habían sacado de madre los ríos de la región, convirtiendo la zona en un continuo pantano. Después de cuatro días de fatigosa marcha, llegaron a pocos kilómetros del fuerte, pasando la noche en un pantano cuyas aguas les llegaban por la cintura, y todo ello bajo una torrencial lluvia que les inutilizó sus armas de fuego. Al amanecer, una avanzadilla descubre el fuerte y consigue liquidar a los centinelas. Luego, penetra en el recinto, neutralizando cuanto halla a su paso. Minutos después, entra Menéndez con el resto de sus hombres, ordenando tajantemente que se respetase la vida de las mujeres y niños menores de quince años. El alboroto en el patio del fuerte despertó a todos los piratas, que se hallaban tranquilamente durmiendo. El alcalde de la fortaleza, René Laudonnière, y otros sesenta hugonotes consiguieron, en la confusión, saltar la muralla y escapar con lo puesto a la selva. Los demás, unos 142, fueron degollados, salvándose únicamente las mujeres, los niños y los que se declararon católicos, unos setenta en total. Fondeados junto al fuerte se encontraban dos barcos españoles que había capturado Ribault en su travesía del Atlántico, otro en construcción, y tres naves de mayor porte mandadas por Jacques Ribault, hijo de aquel. El Adelantado se apoderó de los tres primeros barcos, que estaban desprotegidos, e invitó a los ocupantes de los otros a que se rindiesen, prometiendo dejarles regresar en una nave a Francia con las mujeres y niños del fuerte. Al ser rechazada la propuesta, los espa-

ñoles dispararon uno de los cañones del fuerte, con tan buena puntería que dio de lleno en uno de los barcos piratas, hundiéndolo en pocos minutos. Sus tripulantes pasaron rápidamente a las otras naves, que huyeron río arriba hacia la mar. Inmediatamente, Menéndez despachó varias patrullas en persecución de los franceses que habían huido a la selva. Una veintena de ellos fueron abatidos a arcabuzazos. Los indígenas capturaron a otros doce, que entregaron a los españoles, los cuales los enviaron, junto con los demás prisiones, a España. En el fuerte conquistado, que los españoles bautizaron como fuerte San Mateo, se encontraron gran cantidad de armas, municiones y, sobre todo, gran abundancia de víveres y ropa, que tanto necesitaban los expedicionarios españoles.

Temiendo que en su ausencia el grueso de la fuerza de Jean Ribault atacase San Agustín, Menéndez, dejando en el fuerte San Mateo al capitán Gonzalo de Villarreal con trescientos soldados, emprendió el regreso a la recién fundada colonia. La vuelta fue peor aún que la ida. Seguía lloviendo torrencialmente y la selva estaba completamente anegada. El ritmo que marcó Menéndez fue tan acelerado que en tres días llegó a San Agustín, dejando a muchos de sus acompañantes rezagados por el camino. Días después de su llegada recibió a varios nativos, quienes le revelaron que varios centenares de franceses habían naufragado al sur de allí. El 28 de noviembre el avilesino, con cuarenta hombres, salió a comprobar la noticia, hallando al otro lado de un brazo de mar a doscientos piratas. Escondiendo a sus hombres para que el enemigo no advirtiese su escaso número, Menéndez se dirigió de nuevo hacia aquel lugar con 150 soldados.

Ciertamente era este jefe pirata, quien con 350 hugonotes pretendía convencer al asturiano para que los dejase pasar libremente, e incluso les ofreció más de 200.000 ducados. Pero todo fue en vano. Por último, 150 franceses, con Ribault a la cabeza, decidieron rendirse sin condiciones. Estos no ignoraban que Menéndez había dado orden de matar al anterior grupo de hugonotes, pues él mismo se lo dijo. En cambio, los otros 150 franceses rechazaron la idea de entregarse, prefiriendo ocultarse en los bosques. Como la vez anterior, el Adelantado ordenó atar a los prisioneros y conducirlos detrás de unos matorrales, donde fueron ejecutados. Solo salvaron la vida los pífanos, tambores y trompetas, y cuatro que dijeron ser católicos, en total dieciséis; los demás fueron degollados. Este lugar se conocería en el futuro como la ensenada de Matanzas (Matanzas Inlet). Los métodos empleados por el avilesino, tachados de crueles por muchos, hay que enjuiciarlos según los parámetros de la época en la que le tocó vivir. En la segunda mitad del siglo XVI, la intolerancia y las guerras de religión eran un hecho cotidiano. Los piratas y corsarios franceses e ingleses campaban a sus anchas a lo largo y ancho del Atlántico, atacando y asesinando sin piedad a cuanto español hallaban a su paso, muchas veces con la complicidad de sus respectivos gobiernos. Por otro lado, el jefe de los expedicionarios españoles sabía por los prisioneros franceses que Ribault pensaba acabar con todos los compatriotas que estaban en la Florida y, lo que es peor, que pretendía edificar una serie de fuertes en el sur

de la península para atacar a los barcos españoles que cruzasen el canal de las Bahamas. También tenía el propósito de apoderarse de La Habana, desde donde, con el apoyo de los esclavos negros que libertaría, se iría apoderando de las grandes islas antillanas. Por último, a Menéndez le preocupaba la seguridad de sus hombres y cómo asegurar la manutención de los numerosos prisioneros. Buena parte de su flota aún no había llegado, y los pocos hombres de que disponía los tenía dispersos por varios fuertes. Por añadidura, días atrás, para más fatalidad, un fortuito incendio consumió las numerosas provisiones de fuerte Carolina. El poco alimento que le quedaba no le llegaba ni para sus propios compatriotas. Estas circunstancias, junto al fanatismo religioso del momento y el odio hacia los piratas, hicieron que tomara estas medidas tan drásticas. La dureza con que castigó a los hugonotes, acto que no se repetiría, contrasta con la blandura, suavidad y humanidad con que trató a los indígenas de la Florida.

Unas semanas después, otros nativos dieron cuenta a los españoles de que no lejos de Cabo Cañaveral se encontraba otro grupo de franceses construyendo un buque y un fuerte. El Adelantado, al frente de 150 soldados, se dirigió por tierra hacia el lugar. Siguiéndole iban por mar tres navíos que conducían cien hombres, municiones y provisiones para cuarenta días. Al llegar a la vista de los enemigos, estos huyeron a los bosques inmediatos. Envió entonces el avilesino tras ellos a un trompeta francés con la promesa de que, si se rendían, les respetaría la vida y los trataría como a españoles. Ciento cincuenta de ellos así lo hicieron, pero otros veinte se negaron, prefiriendo internarse en la selva y morir a manos de los indios. Como había prometido, Menéndez trató a los rehenes humanitariamente y, pese a la escasez de alimentos, les proporcionó las mismas raciones de comida que a sus compatriotas. Tras quemar el fuerte y el navío, los españoles prosiguieron su camino hacia el sur, ahora con intenciones exploratorias. El 4 de noviembre llegaron a una aldea india llamada Ays (actualmente Vero Beach), donde los recibió amistosamente el cacique de la zona. Como la falta de provisiones apremiaba, Menéndez decidió dejar aquí a gran parte de sus hombres e ir personalmente a Cuba en busca de víveres. A fin de evitar roces entre los europeos y los indígenas, trasladó a sus hombres a tres leguas de Ays, donde edificó un fuerte de madera, dejando como jefe de la guarnición al capitán Medrano, para dirigirse luego a Cuba con cincuenta soldados y veinte prisioneros franceses. En La Habana se encontró con su sobrino Pedro Menéndez Marqués, quien había llegado días atrás con varios barcos de la flota del Cantábrico. Varias semanas permaneció el avilesino en la isla caribeña buscando más socorro para los colonos de la Florida. Pero el gobernador de Cuba, García Osorio, envidioso de los éxitos de aquel, le obstaculiza en lo posible negándole la ayuda que le pedía. A principios de enero de 1566 arribaron a La Habana dos barcos de la flota del Cantábrico, capitaneados por Esteban de Alas. Posteriormente llegó un emisario real, quien comunicó al Adelantado que los franceses preparaban una gran armada para conquistar la Florida e islas del Caribe. Para contrarrestar tal fuerza, Felipe II le enviaba una flota de socorro de 17 buques y 1.500 hombres al mando del

general Sancho de Arciniega. El 10 de febrero de 1566, Menéndez, al frente de una pequeña flotilla, salió de La Habana en demanda de la costa occidental de la Florida, para fundear cerca de un pueblo de los indios calusas. Según sus informes, en esta zona había varios naufragos españoles, prisioneros de los nativos. El cacique del lugar, Carlos, acogió pacíficamente al jefe español, quien con sus regalos y buenas maneras consiguió que liberase a sus compatriotas (ocho hombres y dos mujeres). Pero, para su desilusión, ninguno de ellos era su hijo Juan. En prueba de buena amistad, el jefe indio dio al español una hermana suya como esposa. Luego de enviar a «doña Antonia» —como bautizaron a la india— a La Habana para que fuera instruida en la religión católica, el Adelantado se dirigió a San Agustín, donde encontró a la población de la colonia totalmente alterada.

En agosto de 1566 se suceden los motines de Flandes, lo cual provocaría el nombramiento del duque de Alba como gobernador de los Países Bajos en abril del siguiente año. En oscuras circunstancias, el 25 de julio del año siguiente muere el príncipe Carlos, hijo del rey. Meses más tarde, lo hace la tercera esposa de Felipe II, Isabel de Valois. En diciembre comienza la sublevación de los moriscos de Granada.

En su ausencia habían tenido lugar, en San Agustín y San Mateo, diversos tumultos, provocados por los soldados y colonos que, descontentos a causa de la pobreza de la región y la miseria continua en que vivían, se habían amotinado contra sus jefes, apoderándose de varios barcos con el objetivo de ir a Cuba, para luego pasar a México o el Perú. Menéndez logró atajar drásticamente la sublevación, permitiendo a los descontentos —unos cien— trasladarse a Santo Domingo. Más tarde, el inquieto avilesino se dirigió al actual estado norteamericano de Georgia, donde según sus informes habían recalado algunos de los franceses huidos. Con tres barcos y 150 hombres exploró las costas georgianas y la zona meridional de Carolina del Sur, visitando a las tribus indias de la zona, tratando siempre con afabilidad a sus miembros. Reconcilió a viejos enemigos, como los caciques de Gaule y Orista. En todos los lugares por donde pasaban los españoles venían a visitarles numerosos indígenas, quienes les decían que querían ser cristianos y que les diesen una cruz y a alguno de los suyos para que les enseñase en su tierra. Antes de regresar, los expedicionarios españoles edificaron en el territorio de Orista, en Punta Elena (Carolina del Sur), un fuerte de madera, el San Felipe, dejando en él una guarnición de 110 soldados a las órdenes del capitán Esteban de las Alas —en su alrededor crecieron Port Royal y, más tarde, Savannah.

El abastecimiento de víveres constituía el principal problema a que se enfrentaban los colonos de la Florida. De vez en cuando llegaban barcos con provisiones, pero eran insuficientes. Como último recurso, los españoles se dedicaban a buscarlas en la selva o en las aldeas indias cercanas, encontrando siempre la hostilidad de los guerreros del cacique Saturiba, poderoso jefe indio que controlaba el territorio comprendido entre San Agustín y San Mateo. Saturiba, gran amigo de los franceses, haciendo caso omiso de los mensajes de paz y amistad que le enviaban los españoles, se dedicó a atacar a las patru-

llas de soldados que se internaban en los bosques en busca de alimentos, llegando incluso a sitiar el fuerte de San Agustín. Con este panorama se encontró Menéndez al llegar a la capital de la colonia. Luego de reedificar en mejor sitio el fuerte de San Agustín, se trasladó a Cuba en busca de auxilio, pero de nuevo las autoridades de la isla le negaron todo tipo de ayuda. Como último recurso vendió sus joyas, comprando maíz y cazobe que llevó en tres navíos a la Florida, para encontrarse al llegar a San Mateo con la agradable noticia de que la armada de Sancho de Arciniega (17 barcos, 1.500 hombres y abundante comida) había llegado antes a San Agustín. El general Arciniega, además, traía unos despachos reales para el asturiano en los que Felipe II le reencargaba que fortificase las principales islas del Caribe para repeler el presunto ataque de la escuadra francesa. Mientras se descargaban los navíos, Menéndez decidió explorar el río San Juan, que remontó, con tres barcos y 150 hombres, a lo largo de 150 kilómetros. Visitó las diversas tribus indias ribereñas, haciendo las paces con los caciques de esta región y prohibiendo en todo momento a sus soldados que molestasen a los aborígenes y que robasen en los poblados que encontraban abandonados. Según los nativos, el río San Juan nacía en una gran laguna llamada Miami. El Adelantado quiso llegar hasta allí y ver si la laguna comunicaba con el territorio del cacique Carlos pero, no pudiendo remontar más, regresó a la costa, dirigiéndose entonces a los fuertes de San Mateo y San Felipe para inspeccionarlos. Desde este último lugar despachó al capitán Juan Pardo junto con 150 soldados, encargándole que explorase el interior del país en dirección a México, hiciese amistad con los indígenas que hallase y edificase algunos fuertes en los sitios que mejor estimase. En Guale, a petición de los indígenas, el Adelantado dejó un capitán con treinta soldados. También envió al territorio de los calusas al capitán Reinoso con otros treinta soldados, para que edificasen un fuerte y adoctrinasen a los nativos. A diferencia de la mayoría de los conquistadores españoles, que aprovechaban las rivalidades de las diferentes tribus indias para consumir su dominación, Menéndez puso siempre todo su empeño en poner fin a las guerras tribales, haciendo todo lo posible para la reconciliación de los jefes indios enemistados. Así, nada más terminar su misión de fortificar las principales poblaciones de las islas de Cuba, La Española y Puerto Rico, se dirigió al territorio de los calusas, donde puso fin a las diferencias de su jefe con Tequesta –otro cacique que habitaba en el extremo sur de la Florida– y Tocobaga, que controlaba un amplio territorio alrededor de la bahía de Tampa. En los dominios de estos tres jefes nativos construyó el Adelantado tres fuertes, dejando en ellos pequeñas guarniciones de soldados junto con algunos religiosos, para que realizasen su misión evangelizadora entre los indios. Para conseguir la amistad del influyente Saturiba, único cacique de la Florida que todavía no se había sometido a los españoles, Menéndez concertó con él una entrevista cerca del fuerte de San Mateo. Saturiba acudió a la reunión, pero se negó a entrevistarse personalmente con el jefe español. Este, al percatarse de que varios centenares de indígenas le esperaban emboscados para atacarle nada más desembarcar, regresó a San Agustín, haciendo saber a Saturiba que

siempre había deseado «ser su amigo, y ahora también», y que le pesaba «mucho por él no lo quería ser», y que desde ese momento le tuviese por su enemigo y que, por los cristianos que había matado a traición, le mandaría cortar la cabeza o expulsar de su tierra. Días más tarde, el avilesino organizó una expedición de castigo con resultados negativos, pues Saturiba había huido sin dejar rastro.

La situación crítica en que se hallaba la colonia (falta de víveres, malestar de la tropa por el retraso en abonar sus salarios, etc.) decidió al Adelantado a volver a la Península para solicitar ayuda. Llegó a su villa y fue recibido con vítores y agasajos. La reacción del Adelantado nada más pisar tierra fue acudir a la iglesia de San Nicolás, para agradecer al Señor la fortuna en la empresa encomendada. Luego, acompañado por los vecinos de Avilés hasta su casa, fue recibido por su mujer e hijas, además de por sus hermanas y sobrinas, que con ellas estaban. Tras unos días de reposo, viajó a la capital del reino para despachar con el rey. Felipe II no solo le dio la ayuda pretendida, sino que también le nombró gobernador de Cuba, subsanando sus problemas de aprovisionamiento, y le llenó de honores: un retrato de corte de Ticiano, el hábito de Santiago, las rentas del señorío de San Cruz de la Zarza, el derecho a imponer su testamento y una patente para un instrumento de medida de la longitud. La nueva estrategia de Menéndez preconizaba la utilización de galeras de aguas poco profundas y de fragatas para patrullar las costas de las Antillas Mayores e interceptar a los corsarios en las limitadas aguas del nordeste del Caribe. El rey le dio el mando de la flota española y el título de capitán general del Oeste. El 29 de junio de 1568 se hallaba de nuevo en San Agustín con refuerzos, sorprendiéndole la terrible noticia de que en su ausencia el corsario francés Dominique de Gourgues, al frente de 280 facinerosos y varios centenares de guerreros de Saturiba, había atacado por sorpresa el fuerte de San Mateo y matado y ahorcado a la mayoría de la guarnición española. La Florida, mientras tanto, mal gobernada por los lugartenientes e invadida por los corsarios, el hambre, el fuego, las inundaciones, las enfermedades, los motines y las deserciones, estaba cerca de la extinción. Los indios incordiaron en todos los asentamientos hasta concentrarlos en dos puntos, San Agustín y Santa Elena. Incapaces de hacer cualquier progreso, los jesuitas abandonaron. Después de su propia experiencia de varar en territorio indio, el Adelantado volvió a la Península y solicitó autoridad para hacer la guerra contra las naciones traidoras de la Florida y vender a los apresados como esclavos. El rey le ofreció en su lugar una fuerza permanente de trescientos soldados y misioneros, en ese momento franciscanos. Animado por el voto real de confianza, Menéndez hizo planes para trasladar a su esposa y su casa permanentemente a Santa Elena, que sería el origen del marquésado extendido hacia el interior que intentaba. Su familia estaba en su mente. De sus cuatro hijos legítimos, María era una monja profesa de San Bernardo, Juan se había ahogado, Ana había sido asesinada, así que, si el matrimonio de Catalina con Hernando de Miranda no había producido, la línea directa de descendencia finalizaría. En este caso, eligió que la herencia y el título pasa-

ran a un sobrino, puenteando a su hija natural, María, esposa de Diego de Velasco.

En los siguientes cuatro años la actividad de Menéndez se multiplicó: fundó en Cuba una seminario para instruir a los indígenas de la Florida; se trasladó a Axacan, misión situada en la bahía de Santa María (actual Chesapeake, Virginia), para castigar a los nativos que asesinaron a los misioneros jesuitas allí establecidos; exploró gran parte de las costas de los actuales estados norteamericanos de Florida, Georgia y Carolina del Sur, y del canal de Bahamas; limpió de corsarios las costas americanas; levantó la primera carta geográfica de Bahamas y de las costas de Cuba y Florida, etc.

El 14 de noviembre de 1570, el rey se casa por cuarta vez, ahora con Ana de Austria, y el 7 de octubre de 1571 se produjo la victoria contra los turcos en la batalla naval de Lepanto. Al año siguiente, María Estuardo es detenida por Isabel I de Inglaterra, acusada de traición. El embajador español, Guerau de Espés, es expulsado de Inglaterra con el pretexto de participar en la conspiración que tramaba María.

El 10 de enero de 1574, Felipe II le nombra capitán general de la poderosa armada que se preparaba en secreto para ayudar a Requesens a sofocar la rebelión en Flandes –bajo dominio español– del príncipe de Orange. El 8 de septiembre de 1574 se posesionó en Santander de la flota, que se componía de 300 velas y 20.000 hombres, pero ese mismo día enfermó gravemente (víctima de un tabardillo maligno), falleciendo el 17, a la edad de cincuenta y cinco años. Pocos días antes de su muerte dejó dispuesto en su testamento que le enterrasen en la villa de Avilés, en la iglesia de San Nicolás, donde ya reposaban sus antepasados. Para cumplir su mandato, poco después de su fallecimiento, en una caja de madera y amortajado en un hábito blanco con la cruz de la Orden de Santiago, fue embarcado el cadáver del hidalgo asturiano, acompañándole en su última navegación su familia, amigos y gran número de militares que habían servido a sus órdenes. Pero sobrevinieron aquellos días tales borrascas en el mar Cantábrico que, sin poder llegar al puerto de su villa natal, el barco hubo de arribar en Llanes. En la iglesia de esa villa fueron depositados los restos del Adelantado, celebrándose en ella las exequias y ceremonias militares que le brindaron los capitanes y soldados que le acompañaban. Allí permaneció hasta el 9 de noviembre de 1592, fecha en que el canónigo de Oviedo Tirso de Avilés levantó acta de la traslación del cadáver desde esa villa a la de Avilés, siendo depositado en la entonces iglesia del convento de San Francisco, donde se le enterró en un sepulcro en el lado del Evangelio. Por diversas vicisitudes, pasaron más de 300 años hasta que se cumplió completamente la voluntad del ilustre marino. El 8 de agosto de 1924 se produjo el traslado definitivo de los restos del Adelantado de la iglesia de San Francisco a la antigua iglesia de San Nicolás de Bari, en un solemne acto con presencia de autoridades americanas y españolas.

Sus cartas prueban que fue piadoso e inteligente, que nunca imaginó que podría verse obligado por su honestidad a llegar tan lejos en la masacre de franceses, a quienes consideró piratas y herejes.

Diez veces capitán general de armadas, sirvió durante treinta y dos años como capitán de las armadas reales y fue uno de los más intrépidos marinos de la época. Revolucionó la construcción naval, con navíos diseñados por él que acortaron notablemente los días de navegación al Nuevo Mundo. Ideó unas embarcaciones en las que se alargaba la quilla en relación con la manga, a las que se les dio el nombre de «galeoncetes» y que resultaron muy veleras. Cruzó el Atlántico en más de veinte ocasiones. Las imponentes fortificaciones de La Habana son en gran parte obra de Menéndez, verdadero adelantado de la moderna estrategia naval. Su prematura desaparición quizá truncó los planes de racionalización de las tareas de una marina de guerra, que no hay duda hubieran llevado a España a conservar su dominio marítimo por algún tiempo más, ya que el enemigo se habría enfrentado a innumerables problemas. Algunos de los planes e ideas del avilesino eran: la formación de poderosos grupos de escolta para la navegación procedente de las Antillas, la creación de una base fuerte avanzada en las islas Scilly, para atacar a los piratas ingleses en su propio cubil, y el genial proyecto de creación y desarrollo de una verdadera *home fleet*. Se adelantó, según renombrados historiadores, a Mahan y Fisher en casi trescientos años.

Por sus muchos servicios a la Corona, fue distinguido con el hábito de Santiago y la encomienda de la Orden de Santa Cruz de la Zarza.

Bibliografía

- BARRIENTOS, B.: *Vida y hechos de Pedro Menéndez de Avilés* (Ms. original de Javier López de Lerena y transcripción de Elviro Martínez). Gijón, Auseva, 1993.
- BAYLE, C.: *Pedro Menéndez de Avilés*. Ramón y Fe (Asilo de Huérfanos del S.C. de Jesús), Colección Grandezas de España, Madrid, 1928.
- BIBLIOTECA DE CONSULTA MICROSOFT ENCARTA 2004: «Pedro Menéndez de Avilés, Jean Ribault y Saint Augustine», Microsoft Corporation, 1993-2003.
- CABELL, J.B.: *The first American gentleman: a comedy of conquest*, University of Florida, 1942.
- CAMÍN, A.: «El Adelantado de la Florida, Pedro Menéndez de Avilés», *Revista Norte*. México, Talleres Tip. Modelo, 1944.
- CRESPO-FRANCÉS Y VALERO, J.A.: *Don Pedro Menéndez de Avilés: deuda histórica con un soldado ignorado de Felipe II*. Ibersaf Industrial, Madrid, 2000.
- ENCICLOPEDIA UNIVERSAL MULTIMEDIA MICRONET S.A. «Menéndez de Avilés, Pedro (1519-1574)», 1995-2002.
- FERNÁNDEZ DURO, C.: *Armada española, desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*, t. II. Museo Naval, Madrid, 1972.
- GÓMEZ TABANERA, J.M.: *Pedro Menéndez de Avilés (1519-1574), al margen de un centenario, leyenda negra y razón de Estado en la Florida hispana*. Instituto de Estudios Asturianos, Imprenta La Cruz, Oviedo, 1975.
- HOFFMAN, P.E.: *A new Andalusia and a way to the Oriente: The American Surtheast during Sixteenth Century*, 1990.
- : *The Spanish Crown and the defense of the Caribbean 1535-1585: Precedent, Patrimonialism, and Royal Parsimony*, 1980.
- INSTITUTO HISTÓRICO DE MARINA: *Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos*, t. II (textos revisados, confrontados e interpretados gráficamente por don Luis Cevreiro Blanco). Imprenta Escelicer, Madrid, 1943.

- KENNY, M.: *The romance of the Floridas: the finding and the founding*. University of North Florida, 1970.
- LOBO CABRERA, M.: «El Adelantado de La Florida, Pedro Menéndez de Avilés, y su estancia en Gran Canaria», *El Museo Canario*, año XLII. Las Palmas de Gran Canaria, 1982, pp. 57-63.
- LYON, E.: *Pedro Menéndez de Avilés*. Colección Spanish borderlans sourcebooks, tomo XXV, Garland Pub., Nueva York, 1995.
- : *The Enterprize of Florida. Pedro Menéndez de Avilés and the Spanish Conquest of 1565-1568*, University of Florida, Gainesville, 1974.
- MARTÍNEZ-VALVERDE, C.: «Biografía de Pedro Menéndez de Avilés», en *Enciclopedia general del mar*, t. v. Ediciones Garriga, Barcelona, 1957.
- MELLÉN BLANCO, F.: *Espadas atribuidas a Pedro Menéndez de Avilés y sus descendientes*. Edición del autor, Madrid, 1998.
- MENÉNDEZ DE AVILÉS, Pedro: *Cartas sobre la Florida, 1555-1574* (edición, introducción y notas de Juan Carlos Mercado). Iberoamericana y Vervuert, Madrid y Fráncfort, 2002.
- MUNACY, A.C.: *Menéndez: Pedro Menéndez de Avilés, Captain General of the Ocean Sea*. University of North Florida, 1992.
- MURRAY STONE, E.: *Pedro Menéndez de Avilés and the Founding of St Augustine*. Kennedy & Sons, P.J.
- RIVAS ANDRÉS, V.: «Breve homenaje a Pedro Menéndez de Avilés, en su cuarto centenario». Lección inaugural del curso 1974-1975 en la Universidad Laboral José Antonio Girón, de Gijón, Imprenta Flores, 1974.
- : *La aventura española en América: Pedro Menéndez de Avilés, la Compañía de Jesús en América*, Apel, Gijón, 1992.
- ROBERTS, R.: *Pedro Menéndez de Avilés*. Library Binding (Latinos in American History).
- RUIDÍAZ Y CARAVIA, E.: *La Florida, su conquista y colonización por Pedro Menéndez de Avilés*, t. I. Imprenta de los hijos de J.A. García, Madrid, 1893.
- SAINZ SASTRE, M.A.: *La Florida, siglo XVI. Descubrimiento y conquista*, Madrid, Editorial S.A. 1992.
- SOLÍS DE MERÁS, G.: *Memorial de todas las jornadas y sucesos del Adelantado Pedro Menéndez de Avilés y de la conquista de La Florida y justicia que hizo en Jean Ribault y otros franceses, 1565*.
- : *Pedro Menéndez de Avilés y la conquista de La Florida (1565)* (edición y presentación de J.M. Gómez-Tabanera). Grupo Editorial Asturiano, S.L. (Anaquel Cultural Asturiano), Oviedo. 1990.
- THOMPSON, K., y SHAW, C.: *Pedro Menéndez de Avilés*. Raintree Publishers, Milwaukee, 1990.
- THURBER CONNOR, J. (introd.): *Pedro Menéndez de Avilés. Memorial by Gonzalo Solís de Merás (1923)*, 1964, ensayo magnífico como introducción a una edición facsímil del *Memorial* de Solís de Merás.
- TURNER BUSHNELL, A.: *The Spanish frontier in North America*, sitúa la colonia y a su fundador entre lo más grande de la historia de España en América.
- VIGIL, C.M.: *Noticias biográficas genealógicas de Pedro Menéndez de Avilés, primer adelantado y conquistador de La Florida continuadas con las de otros asturianos que figuraron en el descubrimiento y colonización de las Américas*. Imprenta La Unión, Avilés, 1892 (ed. orig.); Auseva (Biblioteca de Autores Asturianos), Gijón, 1987 (ed. facs.)